

# La minoría invisible

JSMartín FLOR



# Capítulo 1

nistagmo de media noche  
Las nubes son gatos grises que persiguen mariposas negras en los tejados. Mi salvación esta en resurgir en las grietas verdes de un muro de ladrillo y pintar un bosque azul con mi sangre y una bandera roja y negra con mi saliva. La noche y los caminos. La ruta nocturna del hipotético transporte público y el encierro en una esquina transparente. El criterio del anochecer despinta y desabrocha sus emociones al llevar mi vida mas despacio por un túnel de grafittis. Cuando Bogotá se zambulle imperfecta en la profundidad de la noche se transforma en una ballena azul de ojos negros y resbaladizos. El cetáceo aletea y aletea trasladando su barriga ahíta de promesas y destierros hasta el meridiano de la tiniebla emitiendo una melodía de una sola nota, grave y ronca; un canto latoso como la voz sin esperanza de un naufrago que se repite en las olas. Su canturreo soleado es un cúmulo de estrellas ardientes y minerales pesados, transeúntes de vapor que se vuelven nubes espesas en la copa de los arboles y larvas despedazadas en las techumbres. Mis pies manchados de luces neón se desmoronan en la sombra descalza de mi cuarto. Parte de mi vida solo ocupa dos viejos morrales. El resto no tiene sentido en ningún sitio. Quizás donde los pelos se transforman en lunares puedo guardar lo que oigo. Quizás abajo puedo llevar lo que es muy temprano para traer arriba y retorcer mis reflejos tardíos para subir demasiado lejos y tomarme la molestia de desempolvar los cuartos vacíos de la casa que hace tiempo nadie visita. El vínculo del extravío da vueltas alrededor del ventilador macerando el rincón soporífero de mi anochecer. El desvelo brilla detrás de mis parpados a su máxima capacidad y dentro de los ojos ondean pedacitos de mi piel envueltos en un aguacero tibio. Por el tragaluz de mi cuarto veo el árbol roto de la vida que me observa echando espuma blanca por la boca, peinándose la cabellera con sus largas uñas plateadas. Cada noche Bogotá repara su mascara de espanto con enormes brochazos de estuco y cal. La ciudad no tiene

nada que otorgar y yo no pienso caer muerto en sus brazos, no me pienso repetir en caídas y golpes en sus muros y candados. Con un revolver en la mano el viento desnuda los días y los arboles, las ventanas cerradas levantan los brazos y las escaleras se cuecen la boca con un alambre de púas electrificado. Un aire que no se puede respirar rebana tajadas del relleno de las nubes que parecen caminar para atrás con los ojos vendados. La luna, una mosca blanca que da vueltas alrededor de una bolsa de agua, dibuja un parche de destellos estremecidos en una fila de vehículos polvorientos. Ajena y enajenada, la noche trae envoltorios de dulces y sal en la garganta. Las estrellas aterradas se alejan hasta las colinas buscando refugio en la línea opaca del horizonte.

Mirarme dentro es ningunearme, ahogarme en un mar de lava ardiente. Los suplementos literarios, la enumeración del mundo de las cosas, los lunes derrumbados en el lavamanos, son mi guía para cruzar a la otra orilla. Contradecir el bienestar de la mirada es asumir la inconformidad, abolir el toque de queda, borrar me del mapa, luchar contra la normativa estética reinante. La medianoche cuestiona el nivel de flotación de mi sombra, la situación de mi densidad líquida arrojada sobre un sendero tupido de flores amarillas que da a un parque de jardines dispersos. La noche camina dormida con lentes oscuros para que no le vean los ojos chorreados hacia los lados. Dibuja con sus dedos las configuraciones del desaparecer, las claves para ver más allá de las luces artificiales y de la falsa oscuridad. Lo que se puede ver escapa de la mirada. Yo me siento no vista y paso desapercibida calmando mi sed en un amor que envidia el cielo. Dame medianoche con tu distanciamiento unos ojos nuevos iguales a las lunas de Saturno. Estimula mi nervio óptico, despluma la órbita de mi pupila. Dame unos ojos rocosos, telúricos e insufribles, con diferentes formas y procedencias, que siempre estén girando y que sean el depósito de líquidos inflamables. Dame medianoche los hilos conectores del amanecer, dame la cura para mi conjuntivitis y mi astigmatismo, dame buen consejo para detener las

estalactitas technicolor que llueven de mis ojos desde un mas allá que trae un carro tirado por unos caballos blancos gigantes. La ramas de los cedros golpean las señales de tránsito despertando un anhelo sordo en mi estómago. Las raíces de los eucaliptos rompen las aceras deformando las calles y torciendo mis tobillos. Reúno los pedazos de mi misma en la noche de rejas quemadas, sentando mis ebulliciones en lozas de cemento pulverizadas por el uso. Pero cuando me siento preparada para saltar lejos, para flotar en el agujero que forman mis manos vacías me detiene el marco de mi cuerpo, la moldura de mi existencia. No puedo salir de mi misma sin arañarme las entrañas, sin arrancarme a dentelladas los trozos de mi anatomía amarrada al centro de la tierra. Atada al fuego negro que anima el prisma cromático de mi pulpa herida de sentimientos me coloreo con otras formas de respirar. Disminuyo la velocidad. Camino muy despacio. Me detengo pero me sigo moviendo. Los postes en las calles sostienen un universo de días venideros y paseantes impertérritos. Las partes de mi vida que ya no me pertenecen se desvanecen sepultadas bajo bolsas de basura apiladas contra la pared. El aire que entra por las rendijas de mi cuerpo trae diminutos gorriones de largas pestañas doradas y fetos de palomas con los ombligos

chamuscados. Perros amarillos con los ojos rojos, olor a chicha en descomposición, fragancia a musculo en el asador, hedor a carne de cañón y pétalos de cempasúchil. ¿Duermen los pasos extravagantes de un sueño incumplido en caminos inundados por temporales que nadie había previsto.?